

NUESTRO ÁNGEL DE LA GUARDA



Proyecto de:



Perteneciente a:



Realización:

Autor: Rebeca Olcina

Ilustraciones: Azucena Fuentes

Maquetación y diseño: Ideah!

© Asociación DUAL Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni de sus ilustraciones, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

CUENTO 22

*“Ángel de mi guarda, mi dulce compañía,
No me desampares, ni de noche ni de día,
No me dejes sola que me perdería...”*

Mi madre me lo hacía rezar todas las noches, recostada sobre mi cama con las manos alzadas. Con apenas seis años cumplidos, todavía no sabía lo que era perderme porque siempre iba cogidita de la mano de mi mamá, fuera donde fuera.

El día que fuimos de viaje a otro país, en el que hablaban con sonidos muy extraños, como si no quisieran que les entendiera, me despisté mirando,



acariciando y curioseando un montón de objetos relucientes y de colores, que jamás había visto, en un mercado gigante. Sin querer me solté de la mano de mi madre, empujada por el gentío que iba y venía como las olas en la playa. Ese traqueteo me detuvo en una misteriosa boca calle, en cuyo fin, se abría entre pesados cortinajes, una hendidura que parecía la gran entrada a un mundo fantástico.

Me acerqué sin dudarle, y allí, vi en una cestita, a aquellas figuritas revueltas con una cosa en común, todas ellas llevaban unas alitas en la espalda, y su mirada era de tal ternura, que no podías evitar coger de una en una a todas ellas. Mientras congraciaba con aquellos ángeles, alguien se aproximó por la espalda y con dulzura me preguntó:

- ¿Sabes que sólo una de ellas está destinada a protegerte, Ana?

De un respingo, me planté de un salto frente a ella. No sabía que me había sorprendido más, su discreta presencia, que me pillara desprevenida toqueteando sus cosas, que me hablara en mi mismo idioma o que me llamara por mi nombre. Me quede muda sin saber que decir, así, que me limite a asentir con la cabeza.



En ese momento, su mano serpenteaba hacia la cesta de figurillas. Era una mano llena de anillos brillantes y pulseras de las que colgaban todo tipo de piedras preciosas, y su mano parecía muy vieja, con enormes manchas y venas carnosas que le resbalaban por la piel adherida a los huesos. Cuando llegó al centro de la cestita, removi6 las figuras hasta que saco una de ellas como la elegida. La mir6 atentamente, y luego me cogió la mano para depositarla en ella. Abrió la boca como si buscara una bocanada de aire y me dijo:

-“Esta figura es la campana de tu ángel de la guarda. Cuando te hayas perdido, rózala con tu mano y tu ángel de la guarda no se demorará en llegar hasta ti para ayudarte y cuidarte, estés donde estés”.



Iba a darla las gracias cuando escuché un rumor a mi espalda y una voz conocida me llamo por mi nombre con desesperación:

- Ana, Ana, por fin te encontré.

¡Era mi madre! Me abrazó con tal fuerza que no podía ni respirar.

Eso es todo lo que recuerdo de aquel viaje que hice cuando era pequeña. Sobre todo, porque desde aquel día, en todas las fotos que me hacían, salía con mi figurilla, que no la olvidaba nunca por si en algún momento me hacía falta.

Desde ese día me había funcionado siempre, me acuerdo cuando tenía un examen importante y mi madre me repasaba la lección, entonces, frotaba y frotaba la figura con nerviosismo y al día siguiente me salía bien el examen.

El día que busqué mi primer empleo, mi madre mientras me daba una tisana para que me relajara y me ayudaba a prepararme la entrevista, yo frotaba y frotaba mi figura con inquietud, y al cabo de un mes me contrataba la empresa.

También, me sirvió aquel día que había quedado con mi compañero de trabajo que hacía que me palpitara



el corazón sobresaltado al sentirle, y mi madre le abrió la puerta para acogerle en nuestra casa. Froté a escondidas mi ángel con, quizás, excesiva pasión, pero no me falló.

Cuando mi hija Susana empezó a empujar para salir de mis entrañas, mi madre me llamó para recordarme, que ese día, iba a ser el momento más maravilloso de mi vida a pesar, del miedo que sentía. El dolor se disipará con su primer llanto, me decía. Casi no me dio tiempo a palpar mi ángel, pero así fue. Cuando Susana arrancó a lloriquear, sólo podía sentir un amor inmenso y una promesa de unión



eterna. Una sensación de sabiduría interna me decía que no hay más ángel de la guarda que una madre cuyo lazo con sus hijos está hecho de una materia invisible pero más fuerte que el acero.

Cuando Susana cumplió los seis años la llevé de viaje y busqué entre callejones una tienda oculta, y a una mujer mayor pero muy sabia.

Otro ángel más que reconoce a los tuyos y protege a sus pupilas, que las guía cuando están perdidas, que les da paz en momentos turbios, absorben sus penas y adolecen sus preocupaciones. Un ángel de la guarda nunca descansa, sufre cuando tu sufres y ríe cuando tu ríes.

Recuerda que pronto, tú serás una de las nuestras.

FIN

